



VARGAS, M. (2006) *Travesuras de la niña mala*. Madrid, Alfaguara

Recensión realizada por:
Garzón Clemente, Rebeca
rgarzon@usal.es
Universidad de Chiapas. México

En un marco teórico sobre las Emociones, no debe escamotearse el hecho de que la cultura lectoescritora encontró en la novela un lugar privilegiado para reflexionar, mediante personaje interpuesto, sobre las emociones. Encontramos así en esta novela de Vargas Llosa la oportunidad de vivir de manera intensa todo tipo de ellas.

Como lectores no podemos renunciar a *sentir* el amor profesado por Ricardo a “La niña mala”: sufrir sus pérdidas, festejar sus encuentros, celebrar nuestra sonrisa y encanto ante cada sorpresa, así como todas las travesuras que depara la vida a estos dos enamorados.

¿Nosotros labramos nuestro propio destino? ¿O es la vida la que juega con nosotros? La novela nos plantea esta disyuntiva ante una búsqueda constante de superación de sus protagonistas en las cosas banales de la existencia: realizar un sueño o encontrar riqueza. La “niña mala” calcula, busca y encuentra, se supera y realiza su sueño de muchas maneras y en repetidas ocasiones. Ricardo encuentra el suyo, encuentra, sin buscarlo, en preciosas coincidencias, que desearía el lector, sobrecogido por el relato, no tuvieran fin.

Podemos, de manera vívida, recorrer a través de los ojos adolescentes de Ricardo unas calles luminosas del Perú de los años 50, ver realizado su sueño de vivir en París unos años más tarde y contemplar la grandeza de esta ciudad desde sus ojos enamorados, llevando del brazo a “La niña mala”, extrañándola, añorándola u odiándola profundamente. Conocemos Londres y sus alrededores, cargados de esa magia alucinante, que J.P. Sartre situaba como eje en su “Bosquejo de una teoría sobre las emociones”, llena de la música “estridente” del *Rock & Roll*, las drogas y el amor libre entre los *hippies* de finales de los 60’s y de los años 70’s. El Tokio de principios de los años 80, con los excesos y encantos de una cultura inexpugnable, pero deslumbrante y excitante ante ojos occidentales. Visitamos también Madrid, con los sabores, olores, colores, de un barrio multicultural de esta misma época. Todo ello, sin quedar ajenos a los cambios sociales, políticos y económicos de la querida y lejana Latinoamérica y de la próxima Europa.

¿Es el amor una modalidad de sufrimiento? Mientras los protagonistas tiemblan como una hoja ante la emoción de recibir una carta, de tener noticias del ser amado, de descubrir una monumental coincidencia, los lectores necesariamente sentimos acelerarse nuestro corazón y sonreímos, cuando menos, ante los reveses, desilusiones, desencantos; debemos ser fuertes y contener el coraje en algunas ocasiones y el llanto ante la impotencia de abrazarles y consolarles.

La identificación del lector con los protagonistas de la historia, mediante el ejercicio de la “imaginación narrativa –que diría M. Nussbaum-, lleva a una total empatía, auxiliada por la magistral pluma de Vargas Llosa, en una historia de amor muy humana que nos toca, nos convoca y nos alienta a vivir en el paisaje imaginario de la narración: leer para vivir de manera más intensa.

Para terminar, traigo a la memoria un poema de Lope de Vega, escrito en el s. XVII, que podría muy bien resumir los *sentires* de los protagonistas y lectores ante esta obra de la literatura contemporánea:

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;

no hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;

huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño;

creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño;
esto es amor, quien lo probó lo sabe.

Rebeca Garzón Clemente